



#14 | Septiembre, 2026

¿Quién tiene lugar en la postal?

Daniela Toledo Vasquez

Índice

1.	La vida detrás de la postal	4
2.	Sostener la vida y hacerse escuchar.....	5
3.	Volver a encontrarse	7
4.	Horizontes desde abajo.....	8

Responsable

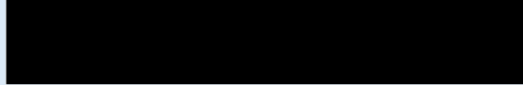
Daniela Toledo Vasquez



CENTRO DE ESTUDIOS POPULARES

Con el apoyo de:

OFICINA REGIÓN ANDINA
ROSA LUXEMBURG STIFTUNG



En la región de Copacabana se está viviendo una fuerte tensión que suele quedar invisible a los ojos de quienes visitan esa zona tan turística del departamento de La Paz. La valoración de la zona como un lugar turístico está confrontada con el reconocimiento de lo indígena y sus organizaciones como interlocutoras políticas válidas, as experiencias recogidas entre julio y septiembre de 2026 muestran una tensión entre la valoración turística de lo indígena y el reconocimiento de las personas indígenas como interlocutoras políticas

Este boletín nos aproximamos a la realidad actual de Copacabana ciudad y sus comunidades, especialmente la comunidad de Marka Kosco, que a partir de una mirada situada nos muestran posiciones e intereses distintos. Nos preguntamos quiénes asumen el costo de la reproducción de la vida, quiénes son escuchados y tomados en cuenta como sujetos políticos válidos y cómo se encuentran los tejidos organizativos de la zona.

1. La vida detrás de la postal

En Copacabana conviven de manera simultánea al menos dos visiones distintas del territorio: una en la que Copacabana vive del turismo y todos los esfuerzos deben orientarse a fortalecer este rubro y otra en la que fuera de lo turístico viven una multiplicidad de personas e intereses, donde se producen alimentos, existe una vida orgánica y que, por supuesto, está fuera del circuito turístico que tanto se cuida.

La faceta turística está vinculada a negocios, presenta el progreso como superación de lo rural y, por consiguiente, de la pobreza. En el registro levantado en la zona, desde esta mirada se rechaza a los bloqueos descalificando a quienes participan en ellos. Un dirigente de la zona menciona de manera clara este cuestionamiento en la forma en que se desconoce y descalifica el aporte de las comunidades; por un lado, se requieren sus alimentos, su trabajo y su presencia como parte del atractivo del lugar, pero cuando plantean demandas, su participación es interpretada como una amenaza al turismo y a la economía de Copacabana en general. Entonces, lo aymara resulta aceptable solo bajo ciertas condiciones, como ofrecer productos, aparecer en una fotografía o sostener servicios, sin incomodar con una voz y demandas propias.

Esta situación de exclusión empeora si se le van sumando algunas variables, como edad y racialización. En la experiencia de algunas mujeres adultas mayores de la zona se percibe que la actividad turística privilegia a quienes pueden encajar en una imagen atractiva para visitantes, dejando de lado aquellos cuerpos y formas de vida que al no encajar en el modelo de turismo masificado que se busca, quedan fuera del reconocimiento social y, por tanto, también quedan al margen de las oportunidades económicas.

Esta mirada que precautela lo económico como aquello que debe protegerse, acaba negando la existencia de racismo y por consiguiente, la desvalorización que se hace de lo aymara y de la vida comunitaria que precede al auge de Copacabana turística en el territorio; entonces se requiere de lo indígena como parte del paquete turístico, pero se desprecia sus partes más ricas y complejas, como las demandas y la organización interna. Cuando el perjuicio al turismo se vuelve la medida principal para evaluar una demanda, las necesidades de quienes tienen menos recursos o menor influencia política corren el riesgo de quedar fuera de la conversación pública. Esto nos plantea una pregunta fuerte de fondo: ¿quiénes definen qué es bienestar en la zona?

2. Sostener la vida y hacerse escuchar

En el último año en Bolivia se ha deteriorado el nivel adquisitivo de manera significativa por múltiples factores, entre ellos, el alza consecutiva de los precios de carburantes.

El encarecimiento de la vida atraviesa la vida de todos los habitantes de la zona circunlacustre y obliga a tomar decisiones que tienen consecuencias profundas en la cotidianidad. Una de las personas entrevistadas para este boletín cuenta que depende de la Renta Dignidad y que le preocupa no poder comprar medicamentos, arroz, aceite o artículos de higiene y se enfrenta a dificultades para visitar a su familia por los cambios en el precio de los pasajes. La multicrisis del país se expresa en esas pequeñas decisiones que modifican el ritmo de la vida, cuánto dinero se usa para comer, cuánto y cómo atender una enfermedad o si todavía es posible desplazarse para ver a la familia. En su relato, los gastos escolares adicionales también dificultan

sostener la educación de sus nietos, cada cuota para una celebración como el día de la madre o el día del estudiante puede desequilibrar la frágil economía familiar. Esa situación ha llevado a varias familias a evitar asumir gastos que consideran prescindibles. Por otro lado, quienes mejor acomodados están, se preocupan porque el flujo de visitantes en la zona siga regular para mantener ingresos. Ambas son experiencias distintas de una presión económica que obliga a reorganizar prioridades.

Por su parte, otra mujer entrevistada relata que, frente al desabastecimiento, encontraron alternativas mediante redes familiares y sociales en el lado peruano del lago. Según explica, esos vínculos funcionan durante el año y adquieren especial importancia en momentos difíciles, lo que nos muestra que el sostenimiento cotidiano depende también de relaciones que atraviesan la frontera y conectan distintos puntos del entorno del lago.

En cuanto a las condiciones de desigualdad presentes en la zona, todas las entrevistadas coinciden con la necesidad de generar espacios para poder reunirse, hablar y encontrar espacios fuera del ámbito familiar, donde los varones suelen controlar el accionar de las mujeres, llegando incluso a desconfiar de espacios de reunión que no sean mixtos. Esta normalización del control sobre el cuerpo femenino está presente también en algunas facetas más allá de lo familiar, como en el caso de las dirigencias, donde se han mencionado intentos de acallamiento a autoridades mujeres y limitación de sus participaciones. Frente a ello, muchas mujeres persisten con su presencia y su palabra para recuperar su espacio. Sin embargo, esto nos muestra que acceder a un cargo no necesariamente implica contar con las condiciones para ejercerlo.

La desigualdad de género también aparece en el relato de la entrevistada vinculada a negocios, quien señala dificultades para ser escuchada pese a su posición económica acomodada. Esta coincidencia no borra las diferencias entre mujeres; en realidad, los recursos, la edad y las relaciones disponibles cambian las posibilidades de enfrentar el silenciamiento. Por eso, fortalecer la participación exige atender tanto las reglas de las organizaciones como las condiciones materiales que permiten llegar a una reunión y sostener la palabra.

Esta situación nos muestra una de las complejidades de la vida comunitaria, que mientras en un sentido ofrece apoyo y pertenencia en otro, reproduce exclusiones internas. Reconocer ambas dimensiones permite pensar formas de organización más abiertas a quienes sostienen la vida cotidiana, participan poco en las decisiones y la necesidad de pensar en violencias políticas de baja intensidad, que sin llegar a ser físicamente violentas, excluyen y limitan la participación efectiva de todos en la vida política.

3. Volver a encontrarse

Hace algunos meses en Bolivia se vive en estado de excepción; el primer periodo de la medida inició a finales de mayo y el segundo, inició en septiembre de la presente gestión. Esta situación ha impactado de manera dispareja en diferentes territorios del país, mientras en unos casi no ha impactado en nada, en otros ha desregulado la vida cotidiana. En el caso de la zona de Copacabana, las personas entrevistadas mencionaron reiteradamente una importante disminución de las reuniones comunitarias, lo que está vinculado al temor y al desgaste posterior a los conflictos ocurrido en mayo.

Esta situación se complejiza con una creciente incertidumbre respecto al futuro económico y social del país, misma que no se puede enfrentar de manera óptima debido a las dificultades para realizar reuniones regulares y a una sensación de duda constante sobre la existencia de alguna organización que pueda aglutinar demandas y convocar a una respuesta colectiva. Esta situación es al final una pérdida de espacios de conversación, debate y decisión que debilitan las ya débiles organizaciones social del país.

Reunirse menos afecta más que la frecuencia de las asambleas porque dificulta la circulación de información, el debate sobre necesidades comunes y el seguimiento a las decisiones de las dirigencias. A su vez, esta dificultad para llegar a acuerdos internos muestra que en estas circunstancias también se corre el riesgo de dejar fuera a quienes discrepan con la mayoría y se va acrecentando la desconfianza y la sospecha entre distintos actores porque no existe una fluida circulación de la palabra.

En ese sentido, analizar la sensación que dejaron los bloqueos de mayo 2026 resulta útil. Mientras para algunas de las personas entrevistadas los bloqueos fueron duros pero a la vez permitieron momentos para conversar y socializar demandas, para otro sector significaron dificultades para abastecerse y sostener su vida durante ese período y para un tercer sector solo causaron pérdidas económicas. Leer estas experiencias juntas permite comprender que una misma movilización puede abrir espacios políticos y producir costos desiguales. Esa complejidad debe formar parte de cualquier esfuerzo de diálogo.

4. Horizontes desde abajo

Si bien en la actualidad resulta forzado pensar en un solo horizonte común, en las entrevistas se ha identificado interés en el turismo rural que integre a las comunidades rurales y salga del turismo religioso que dinamiza a Copacabana. También se han mencionado saberes ya instituidos locamente, como la piscicultura, la producción de alimentos ecológicos y círculos de aprendizaje sobre saberes circunlacustres.

Los encuentros entre mujeres constituyen otra posibilidad concreta. Podrían partir de preocupaciones compartidas sobre alimentación, salud, ingresos y participación, reconociendo el valor de conversar sin que toda reunión deba justificar inmediatamente un resultado productivo.

Pensar en un espacio de convergencia en Copacabana requiere incluir la pluralidad de voces y experiencias vitales presentes en la zona, incluso cuando eso supone recuperar la conversación supone escuchar demandas incómodas, reconocer diferencias dentro de las comunidades y evitar que el valor de una persona dependa de su utilidad para el turismo. Las experiencias recogidas permiten empezar por una pregunta compartida: ¿qué condiciones necesitamos para que vivir aquí, hacerse escuchar y participar sean posibilidades al alcance de todas y todos?